

sorprender (y dañar nuestro bolsillo) su publicación separada y distante.

En el primer volumen se publica el texto latino de los *Sophismata* de Kilvington (1302/5-1361), con el correspondiente aparato crítico, acompañado de una introducción (pp. xi-xx) y un índice de conceptos (pp. 153-156). En la Introducción, se nos presenta en forma escueta la figura de Kilvington y sus *Sophismata*, así como los criterios de la edición y los 20 manuscritos sobre los que ésta se ha preparado. Por lo que se refiere a los criterios utilizados para la edición del texto, llaman la atención los criterios de puntuación adoptados, así como la división en párrafos del texto (en ocasiones se reparte en diversos párrafos un único argumento –así, por ejemplo, los párrafos (j)-(n) del sofisma 47[48]–, mientras que en otras ocasiones se reúnen en un sólo párrafo argumentos y problemas independientes –así, por ejemplo, el párrafo (i) de ese mismo sofisma 47[48]), pero, sobre todo, llaman la atención algunas de las variantes que los editores han declarado irrelevantes y que no han recogido en el aparato crítico. Se comprende la irrelevancia de variantes como *ergo/igitur*, *scilicet/videlicet*, etc., pero no así la de variantes como *pono/suppono*, *concedo/concedendum*, *negol/negandum*. *Positio* y *suppositio* parecen desempeñar funciones muy distintas en el marco de la Doctrina de las Obligaciones, y la diferencia entre lo actual y lo potencial, que se esconde en las variantes *concedo/concedendum* o *negol/negandum*, aparte su relevancia filosófica general, es decisiva a la hora de interpretar algunas de las más célebres discusiones suscitadas en ese mismo marco.

En el segundo volumen se nos ofrece la versión inglesa de los *Sophismata* de Kilvington (pp. 1-145), acompañada ahora de una más extensa presentación del autor (pp. xvii-xxxiv), de unos amplios comentarios, sofisma a sofisma, párrafo a párrafo, de la obra de Kilvington (pp. 146-380), una rica Bibliografía (pp. 381-392), y dos índices, *Index Nominum* (pp. 393-395) e *Index Rerum* (pp. 397-406). Quizás sea aquí de lamentar la decisión de los editores de separar texto y comentarios, lo que dificulta notablemente la rápida confrontación de uno y otros.

Con esta edición y traducción de los *Sophismata* de Kilvington, los Ktrezmann han puesto a disposición de los estudiosos de la filosofía medieval una obra, hasta ahora de muy difícil consulta, muy representativa tanto de ese interesante género literario lógico que son los *sophismata*, como de la temática científica de los filósofos oxonienses de la primera mitad del siglo XIV ("Oxford Calculators"), de importancia tan decisiva en el desarrollo de la nueva ciencia.

Angel d'Ors

KOSIEK, R.: *Historikerstreit und Geschichtsrevision*, Graver, Tübingen, ¹1987, ²1988, 239 págs.

"La historia es maestra de la vida", reza el sabio aforismo clásico. Pero puede ser maestra en dos sentidos diferentes: o bien para dominar el pasado, a fin de someterse de un modo aún más reflexivo a sus condicionamientos, con una libertad que se reduce a simple conciencia de la necesidad (Hegel); o, por el contrario, el saber histórico también puede in-

tentar sobreponerse al pasado, orientándolo hacia un futuro distinto, sin permitir que la ausencia de conocimiento histórico incremento aún más la influencia, en este caso determinante, de este nuevo tipo de condicionamientos (Dilthey). Precisamente Rolf Kosiak ha acudido a estos tópicos comunes para reavivar la clásica polémica sobre el papel que hoy día debe desempeñar la *reeducción histórica* ("Umerziehungstreit"), en el contexto de las actuales polémicas de los historiadores y del crecimiento, tal y como tuvieron lugar en 1986 en la prensa diaria alemana, o en las conversaciones Römerberg, en la forma como aquí también se ha reseñado (Cf. Piper, E.R. y Koffmann, H.).

El interés filosófico de estas polémicas se debe a que en ellas intervinieron filósofos muy destacados, como Habermas, siendo Popper también uno de los principales encartados. Por otra parte, Karl-Otto Apel utilizó esta secuencia temporal de acontecimientos para reconstruir el panorama intelectual del pensamiento alemán contemporáneo desde la postguerra hasta hoy día, así como para dar una semblanza autobiográfica de su propia trayectoria intelectual. Al menos esto ocurrió en el capítulo final de su última obra de 1988, *Diskurs und Verantwortung*, titulado, "Zurück zur Normalität?" (cf. mi reseña en *Anuario Filosófico*, nº XXII, 1989, nº 1, p. 173-176). Al igual que Rolf Kosiak, también allí se distinguen tres períodos: la "reeducción" postbélica inicial, el revisionismo autocrítico subsiguiente y la posterior *vuelta a la normalidad*, que Apel considera engañosa.

A este respecto Rolf Kosiak sitúa como punto de referencia de todas estas polémicas el inicial período de "reeducción" que se dió durante la

postguerra, cuando se trató de contrarrestar el lamentable pasado nacional-socialista, por el recurso a una adoctrinación histórica que era reiterativa, preconcebida y poco autocrítica. En esta situación claramente anómala, la polémica de los historiadores aparece como una reacción revisionista por parte de Nolte, Hillgruber y Stürmer, con la pretensión de reivindicar una libertad sin límites de investigación, incluyendo ahora también la justificación del posible *nexo causal* que, en su opinión, se dió entre los iniciales crímenes de Stalin y los posteriores de Hitler: o para denunciar el modo arbitrario como se llevó a cabo la "liberación" y la "reeducción" del pueblo alemán por parte de los aliados, con la imposición de nuevas culpas colectivas por los crímenes de pasado; o simplemente para defender a otros colegas de profesión de las agresiones injustas que sufrieron por parte del estamento "reeducador", como fué sugerido sucesivamente por los tres autores aludidos.

Sin embargo no se hizo esperar la reacción a este primer intento revisionista. Habermas publicó un artículo insultante desde un punto de vista personal contra todos estos nuevos proyectos. En su opinión, se recurre a la ética de la ciencia de Popper con propósitos retrógrados y antiprogresistas, que sólo pretenden relativizar o minusvalorar los crímenes nazis, o la singularidad del pasado alemán más inmediato, por procedimientos poco rigurosos, que además van en contra de los ideales regulativos que siempre se debe proponer la propia investigación histórica. Por eso se reafirmó en la necesidad de mantener el sistema de "reeducción" histórica implantado en la postguerra, sin fomentar una falsa añoranza del pasado, sobre todo

cuando debe ser olvidado o, por lo menos, denunciado.

Esta intervención provocó a su vez la defensa de Nolte por parte de Fest, así como la posterior defensa de Habermas por parte de otros intelectuales de izquierda, como Jäckel, Giordano, Pätzold, o de un modo aún más programático, en la forma como aquí ha sido recogido en la *polémica de los historiadores*, o en las *Conversaciones Römerberg*, donde Habermas moderó sustancialmente sus primeras intervenciones. De aquí el giro progresivo que experimentó la polémica desde cuestiones históricas sustanciales a detalles simplemente formales o de procedimiento, lo que explica la paradójica recepción que tuvo en el extranjero. Se aceptaron las quejas vertidas por los historiadores acerca de las agresiones que sufrieron en su forma de trabajo, pero se rechazaron sistemáticamente todas sus propuestas concretas de revisión histórica. Por su parte, en el plano interno, toda la polémica quedó traducida en el lenguaje político al problema de si se debería inaugurar una Casa de la Cultura en Bonn, o un Museo de la Historia en Berlín, cuestión que al parecer en absoluto resultó trivial.

En cualquier caso este período *revisionista* dió lugar a un tercer período de "*vuelta a la normalidad*", sin tener que experimentar la situación anómala de "reeducación" que se dió en la postguerra. De hecho esta misma investigación ejercita un nuevo tipo de *revisiónismo histórico* pacíficamente admitido, en el que se cuestiona con plena libertad la pretendida singularidad de los crímenes del tercer Reich, o la reiterada "culpa colectiva" alemana por el exterminio judío, o el posible *nexo causal* de la ideología nacional-socialista con otras tendencias similares que le pre-

cedieron. Así se someten a crítica, con resultado incierto, la posible conexión entre los crímenes de Hitler y los de Stalin, o el carácter preventivo de la declaración de guerra a Rusia por parte de Hitler, o las deudas colectivas contraídas por otros países terceros por la expulsión de los alemanes de Oeste de su patria milenaria.

De este modo se vuelve a un tipo de historia similar defendido por Stürmer, en el que se introduce de nuevo el dilema entre suprimir o dominar el pasado (cf. p. 58). Como dijo Sifter, "un pueblo que no conoce su historia, no se puede comprender a sí mismo, ni tampoco su presente. Un pueblo se hace primaria y plenamente consciente a través de la historia" (p. 31). Por otro lado, como afirmó Filbinger, en un lenguaje político: "Una ideología de la carencia de historia, o de la hora cero, es una falsa teoría. Así no se nos puede engañar acerca de la esencia histórica del hombre y de su existencia histórica" (cf. p. 31-32). O, como afirmó Stürmer, "en un pueblo sin historia vence el futuro, que le llena de recuerdos, acuña sus conceptos e interpreta su pasado", como fue procurado sistemáticamente en la postguerra alemana por los reeducadores marxistas" (p. 60).

Pero, como ha hecho notar Karl-Otto Apel en la obra antes citada, la mayoría de estos proyectos revisionistas no son tales. Más bien plantean un falso dilema entre suprimir el pasado, o dominarlo, cuando en ambos casos quedamos sometidos al relativismo que se esconde en todos estos intentos de "*vuelta*" a la falsa normalidad de un *historicismo* atávico y determinista, que ya está ya trasnochado. Por ello en todos estos proyectos el dominio del pasado es una condición suficiente, y por su-

puesto necesaria, para controlar el futuro. De aquí que al comentar el tercer viaje de Juan Pablo II a Polonia, y en relación al previo reconocimiento del Presidente Federal alemán de sus supuestas culpas colectivas, se afirma: "En ninguna de sus 30 alocuciones y sermones faltó la palabra "tierra natal", sin embargo nunca mencionó la deuda polaca respecto a la expulsión de los alemanes y al consiguiente robo del territorio de los alemanes del Oeste" (cf. p. 198).

Afortunadamente hoy día parece que todos estos contenciosos históricos están en vías de solución, por un procedimiento providencial en el que ha sido decisivo el papel desempeñado por la singular personalidad de Juan Pablo II. Precisamente por ello parece necesario recordar que el auténtico dilema de la historia no debe situarse entre suprimir o dominar el pasado, sino más bien en la forma que ya expusimos anteriormente. O bien se domina el pasado, para a su vez someterlo a una nueva forma de necesidad historicista, que elimina nuestra responsabilidad; o, por el contrario, se domina para orientarlo hacia unas nuevas metas de tipo ético, que permiten superar sus condicionamientos, sin quedar por ello encerrados en una nueva forma de relativismo determinista.

En este contexto parece acertado volver a algunos de los planteamientos defendidos en las *conversaciones Römerberg*, cuando se justificó una nueva *ética de la ciencia* que no anule la *responsabilidad* de cualquier época, o nación, respecto a los nuevos retos que presenta el propio progreso, cualquiera que haya sido su pasado. Aunque simultáneamente también habrá que hacer notar con Karl-Otto Apel que ninguna ética, ni siquiera la *postconvencionalista*, puede tener una solución uniforme a

los retos que ahora plantea esta *polémica sobre la reeducación* que se ha iniciado. Más bien hay que reconocer que los problemas éticos siempre admitirán soluciones prudenciales diversas para cada época, para cada nación, y para sujeto en particular, en la medida que cada uno de ellos son protagonistas efectivos de su propio proyecto vital.

Además, todo ello debe quedar situado en el contexto real de una providencia divina suprainstitucional, que orienta aquellos factores externos que escapan al pequeño, pero decisivo, dominio que el hombre puede ejercer sobre la historia y la naturaleza. Solo así se hará posible la orientación teleológica hacia una ilimitada comunidad de comunicación, cada vez más amplia, que tiene que estar incoada de un modo intencional desde el inicio del proceso. De igual modo que también se logrará evitar que el sujeto individual, o bien se transforme en un Leviatán hipertrofiado, al que se le puede exigir una responsabilidad creciente, con su futuro, en razón del dominio ilimitado que a su vez puede ejercer de un modo reflexivo sobre su propio proyecto colectivo (Dilthey); o bien, que quede reducido a un muñeco inoperante que está exento de toda responsabilidad, dado que se le exige una completa sumisión a un nuevo Absoluto dinámico, que lo anula totalmente (Hegel). Pero en cualquiera de estos casos, es indudable que la *polémica de los historiadores* influyó decisivamente en los logros efectivos que hoy día se han dado en el camino hacia la reunificación alemana y europea.

Carlos Ortiz de Landázuri